



CARTA A BARTOLOMÉ MITRE¹

Santiago de Chile, a 14 de septiembre de 1891

Señor don Bartolomé Mitre
Buenos Aires, República Argentina

Acabo de tomar la suprema resolución de abandonar espontáneamente esta vida, para entrar a la que no conocemos, pero que debe ser infinitamente superior, porque solamente así es perfecta la obra del Todopoderoso. Podría prolongar mi asilo en la noble Legación Argentina, con muchas probabilidades de sustraerme, dentro de breve plazo, al encono popular y a las inconcebibles venganzas que anhelan satisfacer mis implacables enemigos de la aristocracia santiaguina. Podría también variar de casa hospitalaria, aceptando, por ejemplo, los benévolo ofrecimientos que se me han hecho para ir a compartir con mis leales amigos las amarguras de esta tan inmensa como injusta caída, en otra generosa Legación. Pero, convencido como estoy de que no encontraré ya seguridad en ningún punto de la tierra, porque mis adversarios irán hasta el fondo del mar, si allá puedo ocultarme; convencido que no debo esperar justicia alguna entre mis conciudadanos, a quienes siempre serví con desinterés y patriotismo, y sin omitir esfuerzos y sacrificios; convencido, en fin, de que la hora misteriosa de la tumba ha sonado para mí, tomo voluntariamente el camino, mi general y amigo, que conduce a la posteridad.

Antes, sin embargo, de cerrar por mi propia mano el libro de la vida, quiero exponer a la faz del mundo la razón de mi conducta como Presidente de la República de Chile. Quiero legar a los primeros mandatarios de América y del Viejo Continente, tanto actuales como venideros, la pauta que deben obedecer en todas circunstancias los gobiernos honrados que tienen una clara concepción del principio de autoridad y que marchan siempre envueltos en las corrientes de la civilización y del progreso. Quiero que en la historia humana se graben con letras que no se borren, la página que va a continuación, la cual es fiel reflejo de la verdad, viva encarnación del amor a la patria, y resplandor que ilumina el vastísimo horizonte de la gloria. Para alcanzar este santo y útil propósito, apelo a la franca amistad de usted, mi querido general. Cuando me cupo el honor de representar diplomáticamente a mi país cerca del suyo, usted me prometió servirme en todas las ocasiones de la vida. Cobro ahora el cumplimiento de esa promesa, pidiendo a usted el favor de que las presentes líneas escritas con ánimo sereno al borde de la tumba, alcancen la mayor publicidad posible en la prensa americana y europea.

He encargado a Julio Bañados Espinoza, que haga la historia completa de mi administración: pero debo anticiparme a ese libro, a fin de no mantener suspendido por mucho tiempo sobre mi memoria el fallo de la historia. Adiós, mi General y viejo amigo, y que el Hacedor conserve a usted la vida, sin las asperezas y amarguras de la que voy a desprenderme por mi propia mano.

J.M. Balmaceda

¹ Transcripción disponible en el artículo titulado "Las cartas póstumas de José Manuel Balmaceda en el centenario de una crisis" de Dina Escobar Guic y Jorge Ivulic Gómez; disponible en el libro "Dimensión histórica de Chile N°8: Balmaceda y la guerra civil de 1891" de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE).